

# CARLOS DE VIANA

*Por primera vez se traduce al español y para nuestra Revista esta semblanza del Príncipe de Viana y que aparece como «Portic» en la "Tragedia en Cinc Actes" «Cades de Viana» —Imprenta Altés, Barcelona, 1938— del gran poeta catalán Miguel Saperas, a quien expresamos nuestro cordial reconocimiento por su autorización para publicarlo en nuestras páginas, así como al traductor, el estudioso joven José María Parramon.*

PALABRAS del Barón de Bielfeld en su famosísima «Erucción Universal»: «No se escribe más que aquello que se sabe, y en todas las ciencias históricas no se puede saber lo que hay escrito». El Barón de Bielfeld era, sin duda, un personaje de una cultura extraordinaria, pero también de una buena fe incomparable. La historia es la menos exacta de todas las ciencias, porque precisamente no se escribe sólo aquello de lo cual se tiene una certeza absoluta. Cada General hace su guerra; cada político su propaganda y cada historiador encauza el gua a su molino. Y el pueblo —ese revuelto inefable de ascetismo y primitivismo—, crea el mito.

Los tiempos modernos en los que pululan toda clase de periodistas con flema de historiadores, son la mejor afirmación del hecho que nos ocupa. Los poetas nos han demostrado que en cada alma late un mundo, imposible, casi siempre, de descubrir. Pero los periodistas, con el estilete de su sagacidad y el buril de su dinamismo, llegan hasta la misma médula de los huesos de cada héroe. Y nos horroriza recordar cómo la historia que se ha escrito en nuestra época, es de una diafanidad imponderable.

Los hechos que se han ido sucediendo desde Adán y Eva, hasta nuestros días, en nuestro pequeño y maravilloso planeta, se conservan con una lucidez y una visión tan clara, que casi es

cosa de milagro. Nunca resultan títeres, al revivir en el cedazo de nuestra retina, los forjadores de una época o de un pueblo, o sencillamente de una anécdota que nos ha hecho sonreír o estremecer. Menos aún hemos de extraerlos de la invulnerable cáscara del fósil. La lluvia de los siglos exalta su recuerdo vidente —de carne y sangre—, con una pátina aurífica de poesía. Están lejos de nosotros, pero nos parecen contemporáneos. Este es el puntal de nuestra tesis: al analizar una figura histórica o un paisaje histórico, hemos de confrontar unos textos de la época, que la mayoría de las veces son fatalmente antagónicos. La verdad es una sola. Pero ¡ay! ante nuestros ojos descubrimos dos o tres razones y todas ellas parecen ser portadoras de la verdad. Viene entonces el manejar aquella figura o paisaje a nuestro capricho sin fugarnos del área cuya verdad no señala un límite. Pero el marco contemporáneo con que nos aparece el paisaje nos perjudica la verdad misma, ya que hemos convenido que la verdad es una sola. Y nos falta la materia prima para manipularla sin ninguna clase de antojo que la adulterice: los pensamientos recónditos y el alma desnuda que eran la savia de la verdad de la figura o del paisaje. Buscamos entonces unos comentaristas... y nuestra pluma pecadora añade unas palabras más al embrollo de una literatura amorfa.

La Edad Media es precisamente una confusión de verdades porque, tal como dice Huizinga en su «Otoño de la Edad Media», «la mentira brota por todas las aberturas del traje de gala de los caballeros». Es también la Edad Media —excluyendo la historia antigua del pueblo hebreo—, la que se complace en ofrecernos más material poético; y es que la poesía es quizá la más maravillosa de todas las falsedades, o mejor aún de todas las elucubraciones. El profesor Vedel, en «Ideales de la Edad Media», afirma que «tan íntimamente se enlaza el romanticismo caballeresco y la vida espiritual y social, que juntos se pierden en el sepulcro». El precitado Huizinga, cuenta el siguiente caso, que yo aprovecho en boca de mi Carlos de Viana: «la piedad de Bocicaud (1409; es rigurosamente puritana. Se levanta temprano y dedica tres horas a la oración. Por muchas ocupaciones que tenga, asiste diaria e invariablemente a dos misas, permaneciendo en ellas arrodillado. Los viernes viste de negro y los domingos y días festivos sigue a pie a una peregrinación, o hace que se le lean vidas de Santos. Es ponderado y sencillo. Habla poco, y casi

siempre sobre Dios, los santos, la virtud y el honor caballeresco. Ha inculcado a sus sirvientes la devoción y la decencia, y les ha quitado la costumbre de maldecir. Es un defensor acérrimo del noble y casto homenaje a la mujer. No quiere aumentar ni disminuir su patrimonio. Si mis hijos son valientes y honrados—dice—, ya tienen bastante. Y si no son dignos de nada, sería vergüenza dejarles tanto».

Las miniaturas de la edad media, llevan todas, el perfume de una etérea delicadeza inimitable. Las religiosas fueron durante cierto tiempo, las más hábiles escritoras e iluminadoras de códices. Cantaban, escribían, pintaban, tejían y bordaban, con absoluta perfección.

Los siete pecados capitales —los siete galgos de los que nos habla nuestro Jaime Rosquelles—, ladran, como en todas las épocas, en la enorgullecida cúspide del corazón humano. Quizá con cierta elegancia: por eso no nos horrorizan. La diplomacia era un juego de niños, sin la envergadura de la de nuestros tiempos, capaz de marear al gnomo más listo, acostumbrada a dejar en un solo día, a todo el mundo, como una madeja revuelta, sirviéndose para ello de dos únicas armas: un avión y la insignia de percal en la solapa. El que aquellas gentes —el bajo pueblo y el potentado—, creyesen tanto en fetiches y brujerías nos explica muchas cosas.

Los camuflados —¡oh que palabra tan moderna!— eran la élite que planeaba las batallas y las llevaba a término. La guerra en el fondo, no era más que una continua sorpresa con la incursión del bandidaje. Toda la edad media, tal como la imaginamos, —con sus héroes auténticos y los que se paseaban con la soberbia de pavos reales; con toda la complicación de aquella elegancia que tanto gustaba a pesar de llevar consigo una rigidez que hoy nos parecería absurda —(hemos de tener en cuenta que los reyes, los príncipes y los nobles, acondicionaban sus actos de forma que se hablase de ellos en tiempos venideros)— lleva una aureola de coiorido e incluso de discreto misterio divulgado a los cuatro vientos, que nos atrae y nos subyuga.

En Cataluña —no nos hagamos muchas ilusiones—, jugábamos esta sinfonía, en do menor. Así... como si fuera más casero. Al fin y al cabo, es nuestra tara de siempre, que por ende nos sirve de orgullo. Seguramente también la virtud de nuestro cos-

mopolitismo racial. Mas, con todo, nunca nos ha comprometido ante el mundo.

**E**N Carlos de Viana, figura interesantísima de nuestra historia, queda acoplada toda la emoción de los catalanes (1458-1461), porque a más de ser el eje que recogía elegantemente todas las puerilidades de últimos de la edad media en Europa, tuvo que sufrir con estoicismo, y las más de las veces con una rebelión desgraciadamente enjuta, el odio brutal de una madrastra cruel y astuta, que no cejaba buscando medios para anonadarlo. Y la sentimentalidad de nuestras gentes es axiomática. Sabe luchar contra poderes infinitos, para defender una causa justa.

El príncipe Carlos, nació el veintinueve de mayo del año 1421, en Peñafiel (Castilla). Era hijo de Blanca de Navarra y de Juan, de la casa de Antequera, los que al ser ungidos y coronados por Martín de Peralta, obispo de Pamplona, habían acordado que el primer hijo o hija que naciese, heredaría el reino de Navarra, el ducado de Nemours y todos los Estados que Juan tenía en Castilla y Aragón. Carlos III el Noble, padre de Blanca, proclamó a su nieto príncipe de Viana (20 de enero de 1423) determinando así al heredero de la corona. Al morir Blanca debía ya reinar su descendiente. Así y todo, parece que la Reina, a la hora de la muerte, suplicó a su hijo que no obligase a su padre Juan II. a dejar el trono. ¿Podía imaginarse, ni siquiera remotamente, aquella madre, en la que se acoplaban todas las dulzuras, que su esposo con una intrusa sujetaría a los pueblos que por derecho pertenecían a Carlos?

Carlos el Noble, murió en el año 1425. Tenía el príncipe dos hermanas: Blanca y Leonor. Sus años eran pues cuatro. La piedad y delicadeza de su carácter le provenían de su madre, que lo educó con esmero. A los trece años era ya un perfecto caballero. «Fué criado y nutrido, con mucha perfección de virtud», según el diario del Capellán de Alfonso IV.

En el año 1439, se casa el príncipe de Viana, con una hija del Duque de Cleves; una princesa casi niña, que acababa de ser presentada en la Corte.

En 1441, Blanca, hermana mayor de Carlos, se casa con el Infante Enrique de Castilla y un año después muere su madre, reina de Navarra. «Carlos por la Gracia de Dios, Príncipe de Viana, primogénito, heredero é lugarteniente por el Señor Rey mi muy reduptable Padre, y Señor en Navarra é Duque de Gandia». He aquí como se titula él mismo, Carlos de Viana, en aquella época, haciendo honor a su palabra sobradamente.

Tres años duró la viudedad de Juan II. Juana Enríquez hija del Almirante Fadrique, fué, no la escogida por amor, sino para que le ayudase a socavar e intrigar en la Corte de Castilla que presidía un rey obtuso (conocido después por El Impotente) y gobernaba Alvaro de Luna. El enojo de Carlos y de los navarros fué grande. Flotaba un ambiente precursor de violencias.

En el año 1448 fallecía, sin sucesión, Ana de Cleves.

La mala suerte del príncipe, comenzó en el año 1451.

El ejército castellano, comandado por el príncipe de Asturias, penetró en Navarra y se introdujo hasta Estella. Carlos se presenta al invasor —por única arma un salvoconducto— y lo convence para que se retire. Juan II, creyó en una alianza de su hijo con Castilla para desposeerlo del trono. Y manda a Juana Enríquez a Navarra, para gobernarla como reina en compañía del príncipe. Aparecen entonces los dos bandos: A favor de Carlos de Viana, los beamonteses, acaudillados por Juan de Beamonte y su hermano Luis, Conde de Lerín; dirigía los partidarios del Rey, el Mariscal Pedro de Navarra, señor de Agramonte, y de ahí el calificativo de agramonteses. De nada sirvieron las buenas palabras del príncipe, para calmar los rencores. Más que la defensa del Rey o de su hijo, les encendía el odio que de tiempos atrás separaba aquellas dos familias. Bien visto y considerado, la pirocténica de la edad media. Durante pocos meses, las escaramuzas lo complicaron todo y por fin sobrevino la guerra.

Los príncipes de Asturias y de Viana, sitian Estella, donde reside la madrastra. Juan II acude allí con su ejército, e impotente ante el número considerable y la bravura del enemigo, vuelve a Zaragoza. Carlos de Viana deshace el sitio y el Rey de Aragón con nuevos contingentes de tropas, se presenta ante Aibar. Se libra la batalla y Carlos cae prisionero.

Juan II se niega entonces a ver a su hijo, que recluido en la

fortaleza de Tafalla, después en la de Mallen y Montroy (1451-1453) escribe una crónica del reino de Navarra. Gracias a las gestiones de cuarenta diputados de Aragón, el Rey se decide a libertarlo de la cárcel de Montroy y lo conduce a Zaragoza donde es convenida su liberación, con la condición de no poder salir de aquella ciudad. Quedaban en poder del Rey y como fianza, Luis de Beamonte y sus dos hijos.

Pero entonces Carlos, faltando a lo pactado, se presenta en Navarra y con la ayuda de su hermana Blanca —repudiada por Enrique de Castilla, porque en doce años de matrimonio no había tenido hijos—prueba de conseguir la corona. No nos es posible justificar la decisión del príncipe, que con su conducta comprometía la vida de unos caballeros que se habían entregado indefensos a Juan II. Este, al objeto de intimidar a su hijo, le hizo saber que los mataría. Respuesta de Carlos: «La misma suerte seguirán los prisioneros que he hecho en Monreal y otros pueblos». En su enfurecimiento, el rey, deshereda a Carlos y a Blanca, y traspasa sus derechos a la otra hija Leonor, esposa del Conde Foix. Nuevamente la guerra; agramonteses y beamonteses, en un estado de lucha pueril. Juana Enríquez, Juan II, el Conde Foix y mosén Pedro de Peralta, contra Carlos, Blanca y Juan de Beamonte. En la derrota, Carlos de Viana huye a París, y se presenta en Italia donde es recibido por Calixto III. Pasa a la corte de Nápoles (1457), donde su tío Alfonso V «El Magnánimo», se distrae entre artistas y poetas. Allí conoce a Ausias March y traduce «Las éticas», de Aristóteles.

Alfonso V, riñe amorosamente a Carlos y promete interceder para acabar la contienda entre padre e hijo. Pero la muerte frustra sus propósitos. Con el fallecimiento de su tío (1458), Carlos, perdió una fuerte ayuda. En su testamento, el Magnánimo deja el Reino de Nápoles a su hijo natural, Fernando, Duque de Calabria, y las coronas de Aragón y Cataluña a su hermano Juan II, nombrando sucesor de éste, al Príncipe de Viana. No les gustaba a los nobles y varones de Nápoles el ser nombrados por un bastardo y quieren proclamar rey a Carlos. El no acepta. Pasa entonces a Sicilia donde es recibido con todos los honores y se convierte en árbitro de la isla. Lee y escribe obras en prosa y en verso. Por su gran cultura y por su gentileza, sabe ganarse el ánimo de los sicilianos, que también llegaron a ofrecerle su trono.

Juan II encontrándose en Tudela sonrío a la muerte de su hermano, y se traslada a Zaragoza, jura los privilegios y fueros de Aragón, y nombra al Infante Fernando, hijo suyo y de Juana Enríquez. Duque de Montblanch, Conde de Ribagorça y Señor de Balaguer. Entra después en Barcelona (22 noviembre 1458), y jura, asimismo, en la catedral, después en la sala del Palacio Mayor, y en la explanada de San Francisco, los usos, privilegios y costumbres de la Ciudad y las constituciones de Cataluña. Le prometen fidelidad los comunes y particulares y feudatarios de la Provincia. Pero los más no creen en aquel juramento y por lo tanto en aquella fidelidad. La vida del nuevo rey, era un lastre de ambiciones y la oscurecía una leyenda demasiado abrupta. Esta desconfianza redundaba en favor de su hijo.

De Barcelona pasa Juan II, a Valencia, donde recibe una embajada del rey de Portugal que le ofrece su hermana Catalina, para casarla con el Príncipe de Viana. En aquellos tiempos, Carlos manda a Bernardo de Requesens al rey pidiéndole perdón y olvido y escribe a Barcelona, a Zaragoza y a Valencia para que influyan a su favor. Juan II no podía negarse a una reconciliación, mayormente cuando la popularidad de Carlos era extraordinaria y su correspondencia con varios príncipes de Europa, principalmente con italianos y franceses, era numerosa: y así hizo promesa a Bernardo de Requesens de tratar a su hijo como a primogénito y heredero universal. Juan de Moncayo (enero de 1459) fué el encargado de transmitir al príncipe la buena disposición del monarca, con la condición de que debía dejar Sicilia y residir en Mallorca.

Carlos tenía ya el perdón de su padre, pero el salvoconducto para volver a España no se le concedían. Temiendo entonces un engaño emplaza a Juan de Beaumont para caso de no verificarse la concordia, pactase una alianza con Castilla, y, para más seguridad, pidiese en su nombre la mano de la infanta Isabel, hermana del rey, unión que ya de antemano sabía le sería muy agradable a éste.

Por fin. nuestro príncipe deja Sicilia y llega a Cerdeña, donde es recibido con toda pompa. Con una escolta de siete galeras, se hace a la mar y tiene forzosamente que atracar en el puerto de Salou, debido a una tempestad. Notifica su llegada a los consejeros de Barcelona, y a Juan II, al que promete librar

la parte de Navarra que la era adicta; unir Navarra a Aragón; pide gracia para él y su séquito; suplica aún el juramento de primogénito, como era justo, y perdón para Beamonte y la Princesa Blanca. Con la venia del rey se dirige a Mallorca y a finales de agosto desembarca en la isla. Pero Juan II, no se comportaba con la misma buena fe. En primer lugar, en Mallorca no albergan al príncipe en el Castillo de Bellver y apenas le dejan disponer del Palacio real. Firma Juan II un pacto con el rey de Francia, contra sus respectivos hijos. Y siempre que el de Viana nervioso e intranquilo, manda embajadores a su padre, protestando de la estrechez en que se desenvolvía su vida —tenía que recurrir muchas veces a que le prestasen—, eran despedidos con evasivas.

Carlos, cediendo a consejos de sus buenos amigos, comenzó a malfiarse. Con la excusa de que Mallorca estaba lejos de la Corte, y se retardaban las negociaciones para la concordia, pide al rey le sea permitido trasladarse a Cataluña, por ejemplo al Castillo de Perpiñán.

El veintiséis de enero de 1460, en Barcelona Juan II declara los capítulos de la concordia, «manifestándola antes a sus amigos y vasallos, Don Arnaldo Roger de Pallars, Patriarca de Alejandría y Obispo de Urgel, su canciller, de Juan Pages, vicescanciller, de Don Bernardo Juan de Cabrera, Conde de Mófica, y de Galceran de Requesens, Gobernador de Cataluña. Consistían los capítulos en suma, que entregase el príncipe la parte que poseía en Navarra, y que el rey perdonaría lo pasado, le reduciría a su gracia, trataría de su matrimonio, le daría para la autoridad y deceneja de su casa, concedería la libertad al Condestable de Navarra, y a su hija, y permitiría que viviese el príncipe en donde le pareciese de sus reinos, excepto en Navarra y en Sicilia. Concedióse perdón general, y restitución de prisioneros, obligación de entregarle parte de Navarra a Luis Despuch en nombre del rey, y otros Capítulos de menor monta; volvieron a sentir mal desta concordia los servidores del príncipe, porque le juzgaban ya un pobre, y desnudo caballero. Sujeto a la triste condición de su Padre, y a las ardientes artes de su Madrastra» (Abarca).

Este convenio disgusta a los Beamonteses —lo encuentran demasiado humillante— y por eso mismo se resisten a entregar



los castillos y ciudades de los que eran dueños. Carlos, temiendo que su padre creyese que todo ello era obra suya, desplaza un emisario con órdenes tan severas, que Juan de Beamonte lo entrega todo.

Marcha el rey a Navarra, y Carlos de Viana sale de Mallorca hacia Barcelona en la que desembarca el 22 de marzo, alojándose en extramuros, en el monasterio de Vallonzella. Manda un propio a Juan II, excusándose de haber dejado Mallorca porque los aires de la isla eran perjudiciales para su salud. A primeras horas de la tarde del 31 de marzo del año 1460 el príncipe entraba solemnemente en nuestra Ciudad de Barcelona que ya la noche anterior era un ramillete de iluminaciones. Encima del caballo su figura gentil admiraba a la multitud que lo aclamaba. Iba vestido con una ropa de «damasco brillante» cubierto con un «bonete morado» y con «capa de trapo oscuro y llevaba un magnífico collar de oro junto con piedras finas y perlas muy grandes». Lo ensalzaba «un manto de ropa de oro con seis borlas». Pasando por el portal de San Antonio y por el abrevadero de El Hospital, siguió por la Rambla hasta llegar a la puerta de «Fra menors», en la que bajó del caballo y subió al «estrado con VIII escalones». Allí, sentado en silla real «bella y suntuosa de madera dorada» adornada con terciopelo de seda color casi casi violado o carmesí, «recibió el homenaje de los Consejeros y presenció el desfile de los menestrales barceloneses. Montó de nuevo y la comitiva se dirigió a la catedral por calles no muy derechas: Las calles Ancha, de los Canvios, Plaza del Borne, Moncada, Boria y Plaza del Rey, hasta llegar a la catedral. Las campanas tocaban alegremente. En el interior de la catedral bellamente iluminada, las notas del órgano marcaban la arquitectura de una melodía augusta. Después de rezar un buen rato en el altar mayor y ante el sepulcro de Santa Eulalia, el Príncipe de Viana salió del templo, montó a caballo y se dirigió a su alojamiento sito en la casa de Mosen Francisco Desplá en «la Plaza de la Cocorella».

Este magnífico recibimiento enojó a Juan II. Le disgustaba permitir que su hijo fuese colmado de unos honores que sólo

para él hubiera querido. Herida profundamente su susceptibilidad, escribe a los consejeros de Barcelona recomendándoles no halagar demasiado al príncipe, mayormente cuando aún no había sido reconocido como heredero del trono. Al propio tiempo, con toda su hipocresía, escribe a su hijo, como un padre afectuoso «que se alegraba de su venida y le ofrecía su amor y bendición».

El 15 de abril escribe nuevamente el rey a Carlos recomendándole quedarse en Barcelona, ya que él se encaminaba hacia esta ciudad. El príncipe, en señal de vasallaje y cumplimentando un deber de cortesía, sale a su encuentro y en Igualada, rodilla en tierra, besa la mano de su padre, con toda humildad, y lo mismo quería hacer con la reina, la cual «no permitió que Carlos le besara la mano, y abrazáronse y besáronse en concordia y con gran amor, posponiendo toda diferencia voluntaria». Carlos de Viana le regaló unos briosos caballos y otras cosas y «con esta aparente unión entraron juntos en Barcelona y engañaron a la sinceridad y natural afición y lealtad de aquellos bien intencionados ciudadanos, los cuales creyeron, con demasiada prisa, que entraba en su ciudad la paz de los reyes, celebrada con grandes alegrías y fiestas». (Abarca).

Carlos pide a su padre que le declare primogénito y que apruebe su casamiento con Isabel de Castilla. Pero el plan de la madrastra era el de unir la infanta con su hijo Fernando y por eso se negaron rotundamente a lo que pretendía el príncipe, que al fin accedió a admitir la de Portugal (26 de julio).

Los nobles de Castilla, descontentos como estaban de su rey Enrique, hicieron proposiciones de alianza a Juan II y para ello se valieron del Almirante, o sea el padre de la madrastra. Su proyecto era destituir a Enrique IV y hacer que la corona pasase a Isabel, la futura nuera de Juana Enríquez. Al enterarse de ello Enrique envía emisarios a Carlos ofreciéndole la mano de la princesa y éste acepta; falta grave del de Viana, ya que dejaba de cumplir lo prometido. Con todo, con esta unión y con la declaración de primogénito, se acabarían las guerras interiores, las riñas entre Castilla y Juan II y éste continuaba reinando. El padre de la madrastra descubre la intriga y avisa a Juana Enríquez. Esta, faltando a la verdad, informa al rey que el de Viana había pactado con el de Castilla, para quitarle la corona

de Aragón. Entonces el rey decide el encarcelamiento de Carlos.

Convoca Juan II Cortes Generales, a catalanes, aragoneses, valencianos y mallorquines en Fraga. El 30 de agosto y en la Iglesia de San Pedro de aquella Villa, hace el rey la primera proposición, pidiéndoles ayuda en defensa de sus Estados. Las Cortes esperaban que, de antemano propondría el juramento de Carlos como primogénito, y, decepcionados, se abstienen de jurarle fidelidad como era costumbre. Por fin suplican al rey, sin conseguir nada. Se dividen los catalanes y los aragoneses por voluntad de Juan II, éstos siguen reunidos en Fraga y manda a los primeros a Lérida, donde se celebrarían Cortes Generales de Cataluña.

Al volver de Montserrat, Carlos recibió orden de su padre para que se dirigiese a Lérida.

Algunos amigos le aconsejaron que fuese a Sicilia, ya que temían una traición. No quiso escucharlos y el 2 de diciembre, poco tiempo después de la disolución de las Cortes, Juan daba la mano a su hijo, le besaba y le ordenaba que se entregase preso. El príncipe, con indignación y dolor a la vez, exclamaba: «Padre y Rey, ¿A dónde está vuestra Fee?, ¿A dónde la Real palabra?, ¿A dónde la seguridad y resguardo que concede a todos el derecho de gentes en la convocación de Cortes? A Dios llamo por testigo, que no he imaginado en mi pensamiento, ni he emprendido cosa contra vuestra Persona Real, no querays tomar venganga de vuestra carne ni ensangrentarlas manos en mi sangre». (Zurita).

**U**NA de las constituciones de Cataluña otorgaba a las Cortes derechos y soberanía, hasta pasadas seis horas de haber sido clausuradas. El tiempo corre. Y a veces para los tiranos va demasiado despacio. Por eso, reunidos los diputados, prelados, nobles y síndicos, nombraron una comisión al objeto de procurar la libertad de Carlos. El pueblo indignado por calles y plazas aclamaba al príncipe y maldecía a los opresores. El rey escribió una carta a la Generalidad intentando justificar el encarcelamiento. Los diputados llegaron a ofrecer al rey cien mil florines por la libertad de su propio hijo. La rebelión se encen-

día por momentos. No creyéndolo seguro en Lérida, Juan II traslada a Carlos al Castillo de Aitona. Esto era otro insulto a las leyes y constituciones que precisaban que debía ser castigado en donde había delinquido. Carlos pide entonces a los diputados aragoneses que intercedan cerca de su padre para que se le traslade al reino de Aragón. Y es que las relaciones del príncipe con la Generalidad, no estaban en muy buena armonía, debido a que el de Viana se preocupaba mucho de Navarra y de Castilla, descuidando algo los asuntos de Cataluña... por eso ahora desconocía las finezas de los catalanes hacia él.

A mediados de diciembre, el Parlamento elige a doce embajadores que juntos con otros miembros del Consejo de Ciento, presididos por el Arzobispo de Tarragona, deben exigir la libertad de Carlos. El rey no atiende las súplicas ni amenazas de sus vasallos, asegurándoles que nunca perdonaría al que al aliarse con Castilla, conspiraba contra su persona, e incluso en su furor llegó a maldecir la hora en que engendró a su hijo. Pero el Sin Fe, comprendió lo que podría suceder con la hostilidad de Cataluña. No encontrándose seguro en ella, vasa a Zaragoza en la que Carlos entra el 23 de diciembre custodiado por 60 caballeros.

El proceso contra el príncipe, se celebra en Fraga, a donde es conducido junto con Juan de Beamonte que al igual que el príncipe estaba preso. La acusación era: que había inducido a matar al rey; que contaba con la ayuda de los catalanes, aragoneses, valencianos, navarros y sicilianos, y que existió un pacto con Castilla. Oídas las declaraciones de Juan de Beamonte, negándolo todo, se interesaron pruebas. Fué inútil. No existía ninguna.

Entre el rey y Cataluña se cruzaban letras y embajadores. La Generalidad ya no se conformaba con la libertad de su príncipe; debían respetarse sus leyes. El día 3 de enero de 1461 se publicó un edicto por la Ciudad de Barcelona en el que se ordenaba la presentación de todos los ciudadanos armados, en la Rambla, en espera de órdenes. Fué suspendida su ejecución. El día 12 se entregaba al rey un ultimatum. El día 20, los diputados reclusos en Palacio, junto con los oidores y veintisiete ciudadanos, prometen no salir de él, sin antes conseguir la libertad del príncipe y el castigo de los que aconsejaron al rey. faltar a las constituciones de Cataluña y costumbres de Barcelona. El 25, llegaron cuarenta y cinco embajadores a Lérida, en la que se en-

contraba Juan II y del que recibieron por respuesta que «la ira del rey era mensajera de muerte». El domingo 8 de febrero, en el Palacio de la Generalidad se izaron las banderas de los Condes de Barcelona y la Nacional de San Jorge; se ultimaron preparaciones en Atarazanas, se armaron veinticuatro galeras, preparadas para navegar, a más de las que vigilaban la costa, y dentro de Palacio se colocaron mesas para el aislamiento de voluntarios. Fué declarada la guerra, y al propio tiempo una manifestación popular salió de Palacio rodeando las banderas —la Nacional llevada por Arnaldo de Foxá y la real por Bernardo de Marimón— llegando al portal de San Antonio y regresando a la Generalidad a los gritos de «Adelante», «Abajo los malos consejeros del rey». Guardaban la Diputación cien hombres armados dentro de ella y cuarenta en cada puerta. Aquella misma noche el Gobernador Galzerán de Requesens, se dió a la fuga.

La pretensión de Cataluña, por cierto muy atrevida, era apoderarse de Lérida en la que se encontraba el rey, y conquistar Fraga, prisión del Príncipe. Dirigió para ello, un ejército de mil quinientos hombres. Juan II, que se disponía a cenar, después de celebrar varias consultas con los de su Consejo, resolvió huir de las iras del pueblo. Fué saqueado el Palacio Real y al saber que el rey y Juana Enríquez se encontraban en Fraga, la sitiaron. A pesar de ello, les fué posible desaparecer y lleváronse el príncipe a Zaragoza. Ante la gravedad de la situación Juana pide a los diputados Catalanes y a los Consejeros de Barcelona que le manden mensajeros. Estos exigen ante todo la libertad del príncipe Carlos. La respuesta de la Reina fue encerrar al hijastro en la Aljafería. Aun el Principado desplaza al abate de Poblet y al prior de Tortosa, para interceder cerca del rey, ya que sin la vuelta del príncipe liberado a Cataluña no era posible contener la avalancha. Juan II se irrita nuevamente y no fiándose de los aragoneses traslada el preso a Miravet y de allí al Castillo de Morella. Cataluña enciende con más bravura la guerra; y con un ejército de 25.000 hombres, pasa Lérida y llega a Fraga que se rinde. El rey quería oponer Aragón a Cataluña, pero en Aragón también se conspiraba. Por otra parte, el rey de Castilla ataca las fronteras y amenaza llegar hasta la Corte del rey Juan. El condestable de Navarra, con mil lanzas castellanas y varios beamonteses, ponían cerco a Borja. En Valencia cundía el descontento. Mallorca, Cerdeña y Sicilia, pedían la libertad del prin-

cipe. En la misma Zaragoza no había tranquilidad. Juan acorralado y a instancias de la reina, más astuta, tuvo que ceder. El 25 de febrero fué decretada la libertad del príncipe y el mismo día el Conde de Pallars que llevaba el mando del ejército catalán, se enteraba de la noticia. No olvidemos que en aquellos momentos, en la Generalidad, cuando se trataba de los medios a tratar para libertar al príncipe, hubo una sesión tan movida que rayó en la violencia. El abate Ager, el de San Quirico, Guerau de Cervelló y Franci de Eril, defendían un dictamen opuesto a la mayoría. Algunos oyentes se sumaron a su opinión. Los seglares de uno y otro bando empuñaron las espadas, pero el buen sentido puso fin a la cuestión, siendo encarcelados los dos abates por alteración del orden.

Juana Enríquez quiso ella misma con un vistoso seguimiento ir a recibir al príncipe a Morella, y partieron los dos al mismo tiempo hacia Cataluña. El día 3 de marzo llegan a Trahiguera y Carlos manda una carta a los consejeros de Barcelona agradeciéndoles su comportamiento. Al llegar a Tortosa, en la que con entusiasmo indescriptible fué recibido, una embajada de la Generalidad notifica a la Reina que tenía vedada la entrada a Barcelona. La mejor piedra que la dignidad de los catalanes podía tirar a su orgullo. Mejor aún, dictáronse unas estrechas órdenes de vigilancia cerca del príncipe, a fin de defenderlo de su padre y de la madrastra. Llegaron a Tarragona y de allí a Villafranca, donde Carlos se entera de que el condestable de Navarra había formado un ejército para atacar a Aragón. Le escribe que desista de sus propósitos y que él mismo trataría de sus asuntos. Juana Enríquez tuvo que pernoctar en Villafranca, mientras Carlos de Viana rodeado de un gentío inmenso fué a dormir a San Braulio de Llobregat, para al siguiente día dirigirse a la Capital.

El 12 de marzo, hacía entrada por segunda vez en Barcelona, montado en un brioso corcel y aclamado apoteósicamente por todo el pueblo. Alegría de luz y de color. Cuentan que frente al Hospital, estaban los locos disfrazados grotescamente. Desde el pórtico de San Antonio hasta la Boqueria una carrera de dos mil hombres armados le hicieron honores, y desde allí hasta el convento de San Francisco le homenajó la coronela de las. Cofradías de la Ciudad, con sus armas, banderas y estandartes, en dos filas. Todas las calles estaban adornadas. Las fiestas, con

disfraces y danzas, no cesaron en tres días según se acostumbraba. Al segundo día, Carlos de Viana, en la casa de la Ciudad y en lengua catalana daba las gracias a los consejeros y les rogaba «que fuesen celosos y atentos en su libertad, como él tomaba por hija a la presente Ciudad y a los habitantes en aquella por padre, madre y hermanos, avisándoles que él no se ablandaría en el que concerniese honor y provecho de aquella Ciudad y del principado».

Antes del recibimiento del príncipe y por orden de la Generalidad fué apresado el Gobernador de Cataluña, Galcerán de Requesens, que se encontraba oculto en Molins de Rey.

**D**ESHECHA Juana Enríquez de tanta humillación y de esperar en Villafranca, resolvió marchar, pero antes el príncipe le manda su mayordomo Pedro Torroella, excusándose de que ni con su influencia había conseguido que la dejaran entrar en Barcelona y rogándole al propio tiempo, que no se ausentase, ya que su presencia era forzosa para resolver el convenio. La madrastra accedió. Carlos remite entonces una embajada a Castilla, para ultimar su casamiento con Isabel, y tan adelantado llevaron el asunto, que incluso trataron del dote que debían ser «ducientos mil doblones» y el rey costearía los gastos del viaje de la Infanta a Cataluña.

Empezaron nuevamente las negociaciones de paz entre la Generalidad y Juana Enríquez, ésta en nombre de Juan .II. Carlos, no deseaba otra cosa, más que su declaración de primogénito, y que regentase Navarra una persona de su confianza. Los catalanes exigían la capitulación de la reina; la sumisión formal a todo aquello que habían hecho para obtener la libertad del príncipe: la liberación de Juan de Beamonte; que fuesen declarados inhábiles los que habían intervenido en el consejo del Rey; el nombramiento de primogénito y el de Gobernador General de todos los reinos de la corona y lugarteniente general perpetuo e irrevocable a favor de Carlos de Viana; que el rey se abstuviese de entrar en Cataluña, etc., etc.

Juana Enríquez, quiso convencerles de que muchas de estas condiciones, no podían ser admitidas; pero ante la tenacidad de

los catalanes, se excusó de que no tenía bastantes facultades para firmar un convenio definitivo y marchó a Aragón para comunicarse con su esposo.

En Navarra se encendió la hoguera de la guerra. Juan manda a su hijo natural «Anfós» de Aragón, valiente Capitán, que supo sofocar la rebelión. Volvió Juana a Cataluña, y la Generalidad le exige una respuesta concreta, sin dejar por ello pasar a ésta de Villafranca y asimismo en Consejo declaran los diputados, que «estaban bien decididos a poner sus personas, bienes y la patria toda, en defensa del príncipe, ya que perjudicarle a él, era perjudicar al principado». Pero la reina invocando una orden de su esposo, para entrevistarse con Carlos, iba avanzando, y al llegar a las inmediaciones de Tarrasa, le cierran las puertas y tocan las campanas a «sometent», como si se tratara de la llegada de una banda de ladrones. Juan II ante la inminencia de una derrota y con el convencimiento de que Navarra, Sicilia, Nápoles y Valencia irían a favor del príncipe, tuvo que capitular.

Una buena prueba de la astuta política de Juana Enríquez y de cómo sabía atraerse a los catalanes en la derrota, son las palabras que pronunció ante los embajadores de Carlos, el día anterior a la firma de la paz: «Amigos y fieles nuestros, no ignorays con cuanta humanidad y clemencia el Rey mi Señor y lo avernos tratado, y conferido vuestras demandas, sin atender a la autoridad, y Real preheminiencia, sino a las súplicas y instancias del príncipe y Principado, para el consuelo del Príncipe, y común beneficio, firmándose la capitulación, con las Condiciones eran del Real agrado. Os aseguro se abstendrá el Rey de entrar en Cataluña, fiado en la Lealtad vuestra, que en breve le llamareys. Con esta confianza viene bien a elegir al Príncipe Gobernador General de todos los Reynos, y Lugarteniente en el Principado, sin poderlo revocar. Y pues el Rey concede tal favor a Cataluña, justo es Cataluña le sirva contra el Rey de Castilla, siendo los Catalanes tan fieles, que jamás han permitido, quedase su Rey opreso de sus Enemigos, y siendo la Nación que mas que otra avia engrandecido a sus Príncipes, que de pequeño estado, les avían levantado a grandes Monarcas, sugetándoles tantos Reynos por el valor de sus Armas. Y assí os pido en justo agradecimiento, atendiendo, que el de Castilla contra la Concordia ha entrado en Navarra y ocupado algunas Plaças. Pídoos que os acordeys de la Gloria Militar de Vuestros Mayores, y de



quan varias, y repetidas ocasiones, tomaron sobre sí el empeño de defender a sus Reyes. Y no podéys olvidar el más moderno exemplar, que es de vuestro tiempo, quando os empeñasteys en tomar a vuestra cuenta toda la guerra contra Castilla, en favor del Rey Don Alonso, en caso de que el de Castilla no quisiese satisfacer al Infante Don Enrique, mas justificado será aora el empeño, siendo en defensa de vuestro Señor natural no puedo dudar lo executará vuestra Fidelidad. Yo firmaré los Capítulos; pero será como no firmarlos, sino asegurays al Rey en lo que se os pide y entonces se podía disponer y asegurar el Gobierno de Navarra, como pedís» (Anales de Cataluña, vol. III).

El 21 de junio de 1461, en la Villa de Villafranca, se firmó la paz y en la sesión de Cortes del 30 de julio en Barcelona, fué reconocido el príncipe de Viana como soberano.

**H**ABÍA muerto el rey de Francia, medio mes antes de la proclamación de Carlos. Enrique de Castilla, entraba en Navarra con un ejército y Carlos favorecía a este rey intrigando contra Juan II. Esto promovió entre algunos nobles catalanes el desertar de las filas del príncipe, y consiguieron que Enrique IV volviera atrás en su marcha. El de Viana frente a esta nobilísima conducta, se enojó, e inició un acercamiento con Luis XI, nuevo rey de Francia que Juan II había sabido atraerse con anticipación.

Pero los días de vida que quedaban a Carlos, eran muy pocos. Los sufrimientos y angustias de su desgraciada existencia, iban mermando hacía ya tiempo su salud. El 22 de septiembre se comunicaba que se encontraba gravemente enfermo: «Y acostándose del día XXIII... entre las XII y I hora de la mañana, el dicho Ilustre Primogénito, sintiendo que su última hora se aproximaba dijo: «Mi proceso se va a acabar». Y así, dándose cuenta de que su última hora se acercaba y de que sus horas de vida eran contadas a pesar de que los médicos no tuviesen prevenida tan cercana su muerte, él conociéndose, dice con palabras acongojadas que le diesen, el Corpus, repitiendo por tres veces: ¡El Corpus, el Corpus, el Corpus!; y de hecho le fué dado el Cuerpo precioso de Jesucristo, hacia las dos horas de la mañana de di-

cho día y le fué dado por un sacerdote de la Catedral, saliendo de la Catedral; el cual recibía con grandísima devoción y contrición y quiere que le saquen los anillos de sus manos diciendo aue con vanidades del mundo no quiere irse. Y pide perdón a algunos de los consejeros y diputados y muchos familiares suyos que allí se encontraban, y hubieron grandes llantos y tales gritos y lamentaciones, que eran gran tristeza de corazón. Y comulgando el dicho Primogénito, poco después le fué librado el Sacramento de la Extremaunción, y librado el dicho Sacramento, el dicho Ilustre Primogénito perdió la palabra y hacia las tres horas de la mañana del próximo dicho día entregó su alma a Nuestro Señor y Dios, la que se cree recibió y subió al Paraíso, según obras de él se siguieron» (Libro de Solemnidades).

**E**S innegable y ello lo trasluce la biografía que he intentado producir, que la figura de Carlos de Viana, con todo y sus fallos, cobra un relieve de moralidad, superior a todos los príncipes de aquella época. El afán de cultura, que le hizo admirar y amar los clásicos; traducir al castellano una versión de «Las éticas» de Aristóteles, componer versos —aunque a pesar de su fama de poeta la dialéctica le restaba inspiración—; escribir la «Crónica del Reino de Navarra»; cultivar la amistad de los intelectuales; entregarse al placer de la bibliografía —su biblioteca constaba de un centenar de volúmenes cuidadosamente encuadernados—: coleccionar medallas: montar una corte suntuosa para el mantenimiento de la cual se desprendía de enormes cantidades, y por ende su gentileza y su fina elegancia, su aire enfermizo y la persecución de que fué objeto por parte de su propio padre instigado por Juana Enríquez, crearon a su alrededor una aureola de luz y de perfume, que el pueblo —este revuelto inefable de ascetismo y primitivismo— hizo de ella los cimientos en que sentar el mito. Y así vemos como en murmullo apagado, corre de boca en boca el nombre del veneno que mató al príncipe, sirviendo ello para esgrimir aún la espada del odio contra Juan II. Y es extraordinario que ya en el momento de su muerte, e incluso antes, ya que el Notario Honorato Cacomina había dicho que «Cuando el Santo Hijo fué hecho prisionero, era

tanta la devoción de los gerundenses hacia el príncipe que mucha gente se alocó» —naciese San Carlos de Viana. El que el príncipe tuviese tres hijos naturales —Felipe, Juan y Ana— a los que en su testamento repartía la herencia de Blanca de Navarra; el que su carácter se resintiese de cierta falta de firmeza; el que —muy propio de la Edad Media y de todos tiempos— amase las cosas del mundo y pusiese en ellas un afecto extraordinario (su corte, damas, cacerías, música, todo ello muy selecto y refinado, pero en lo que emitía tesoros hasta llegar a las deudas), no pudieron menoscabar la idolatría que el pueblo sentía por él, a quien ya en su lecho de muerte le atribuían milagros y prodigios y por ello se llevaban vestiduras y objetos del difunto como reliquias que tenían la virtud de «iluminar ciegos, jibosos y mancos» e incluso llegaron a creer en aquella santidad, y contribuyeron a divulgarla, los mismos nobles y clérigos. En Barcelona, Pobiet, Cervera, Valencia y hasta en Cifuentes, ha sido venerado San Carlos de Viana. Esta adoración, dió término al ser destruido Poblet (1835).

Es incontrovertible, pues, la simpatía que irradia la figura del príncipe. Su política en Navarra y en Cataluña, sus dotes literarias, su carácter y la tragedia que soportó, pueden ser loados o plasmados según el buen sentido o mal humor, o el ingenio del historiador. Su simpatía es universal. Veamos por más pruebas este documento:

«Fué bello, muy sabio, muy agudo y muy claro de entendimiento; gran trovador, gran y buen cantador, cumplido de todo amor y gracia; con mucha ciencia; todo el tiempo de su vida amó el estudio; fué verdadero y devoto cristiano, con gracia y amor para todas las gentes del mundo» (Diario del Capellán de Alfonso IV).

Más que las anécdotas dolorosas o simplemente espectaculares de la vida del primogénito de Juan II, me interesaba, para mi tragedia, la reacción íntima de la humanidad de Carlos, ante el odio y el amor, la adulación o la persecución de que fué objeto; su «yo» inasequible y amasado en la soledad de una prisión húmeda, cerrada con cadenas y cerrojos; el desecho de luz o tinieblas resultantes del choque brutal entre el mundo y el hombre; la lucha abnegada o el desfallecimiento enjuto, ante lo que hemos convenido en llamar destino. Al trabajar el barro con el

buril, siempre oxidado, de mi fantasía, yo creaba un hombre —¡perdón, Dios mío!— que podría no ser el Príncipe de Viana, pero que sería inexorablemente mi Carlos de Viana; que quizá no interesaría a nadie, pero que yo amaba como a mí mismo.

Empieza la tragedia con la entrevista en Igualada, esto es, cuando el Príncipe tiene próximamente treinta y nueve años. Su estancia en Nápoles, debía ser una miniatura perenne y bellamente iluminada en su retina. Erudito, enamorado de los clásicos, eminentemente cristiano, incorporado al renacimiento, pero **con** el engrudo celeste de la filosofía antigua, por cuyos caminos había encauzado sus pensamientos. Las guerras, las luchas con su padre y su cuñado, la prisión de Tafalla, la peregrinación amordazado a Mallén y a Montroy y a Zaragoza, el espectro de una madrastra astuta, persiguiéndole constantemente, pondrían en lo hondo de su corazón, una pesadumbre gris y de silencio y una especie de laxitud espiritual. Veo a Carlos de Viana prisionero de su desgracia. Como si una mala mano lo condujese por sendas inevitables. Como si la alegría en el cilicio fuese su gimnasia interior. Y deja entonces que su espíritu sea llevado por un pesimismo inteligente. Se encuentra anonadado, vencido, forjador de quimeras, extraordinariamente pequeño para asirse al vuelo de águila de sus concepciones... Pero ¡ay!, que analiza a los demás hombres y al encontrarlos calados de puerilidad, viene la crisis, que no sabe resolver de otra forma que con un gesto de señorío intelectual.

**Miguel SAPERAS.**